

LA PALABRA MÁS BONITA QUE EXISTE

Aquella mañana se despertó con la piel erizada del frío y con el pelo enmarañado como si hubiese sido sacudido por una tormenta.

Estaba sola, otra vez, aquel hueco a la derecha de la cama. Era una mañana cualquiera. No recordaba apenas nada del día anterior. Notó el frío de noviembre cuando puso los pies en el suelo. Paseó por casa, despacio. Allí estaba él, con la cabeza echada sobre la mesa, derrotado junto a una botella de whisky. Lo miró por un instante. Aquella imagen tan solitaria y tan desgastada le hizo sentir algo nuevo.

Se dio media vuelta y se miró en el espejo. No se vio fea a pesar de los golpes de la noche anterior. Todo lo contrario. Como si el espejo le hubiese echado un piropo tan bonito que podía hacer sonrojar hasta las paredes. Se lavó la cara y se puso carmín. Aquella mañana, en cambio, no solo se lavó la cara, sino también el alma, y no solo se pintó los labios, sino también el corazón.

Aquella mañana, ni el desayuno, ni el aire que se colaba por las ventanas, ni el ruido de la ciudad, le supo a miedo, ni a soledad, ni a aviolenia.

La brisa aquella mañana se lo había llevado todo, hasta los golpes, hasta aquellas manos frías y agresivas, las palabras vacías, todo, hasta él. La misma brisa pareció cambiarlo todo por calma, serenidad, autoconfianza.

Cualquiera hubiese deseado asistir a un día como aquel, cualquiera hubiese querido observar ese renacimiento del alma, aquella metamorfosis en la que dejó de ser gusano para ser mariposa. Sólo unos pocos, afortunados, recuerdan el momento en el que ella pisó la calle con unos zapatos de charol y un vestido amarillo, y empezó a caminar torpemente, pero decidida, como el bebé que deja de gatear para caminar. Así estaba ella. Volviendo a caminar por la vida, dejándose paso como las nubes dejan paso al sol tras la tormenta. Sólo unos pocos pensamientos presenciaron el momento en el que se dejó invadir por aquel sentimiento de libertad, en el que la comisura de sus labios formaron la sonrisa más bonita que nadie había visto jamás.

Con los ojos aún cerrados, contó hasta diez.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve... y diez.

Abrió sus ojos verdes y le prometió al mundo que nadie volvería a hacerle daño. Ese día comenzó un nuevo capítulo de su vida, y decidió llamarlo con la palabra más bonita que existe: Mujer.

Frida